

más gasto y precio, no se contentaba ya con centenares de Padres-nuestros y Ave Marías; estas oraciones entraban á millares. Mas no hay lugar al presente para referir por menudo los ejercicios de devoción en que se empleaba; han llegado los menos á nuestra noticia, siendo ellos innumerables.



CAPÍTULO XXII

Singular devoción de Rosa á la señal saludable de la cruz. Adornando la imagen de Santa Catalina de Sena, recibe en retorno favores de la Santa.

CASI todo el adorno de la celdilla solitaria del huerto, de que arriba hicimos mención, era una cruz de madera, algo más alta en la estatura que la virgen. Era tan grande porque así representaba más al propio el suplicio del Calvario, cuando en éste meditaba, y también para poder así con más comodidad la nueva Magdalena dar á la cruz sacrosanta muchos y muy apretados abrazos. No se pudo esconder del todo á los de su casa con cuánta ternura imprimía suavísimos ósculos en el madero sagrado; con cuántas lágrimas regó y humedeció el santo leño, regalando allí su espíritu; con cuántos suspiros y ardientes ansias ponía fuego espiritual á su alma, que fué el material del holocausto de Cristo; con qué tenacidad apretaba entre sus brazos aquella santa señal de nuestra redención, deteniéndose en esto días y noches; cuán continuo era el estar postrada al pie de la cruz, adorándola con toda la devoción de su espíritu. Sin sa-

berlo ella la acechaban de casa por las quiebras y resquicios de la puerta. Si acaso veía en los templos, en las capillas, en las casas el venerable simulacro de la santa cruz, la saludaba con todo el ardor de su encendido corazón. Principalmente en la Semana Santa no había quien pudiese apartarla de la cruz, que se pone en público en el suelo de la iglesia, para que la adoren los fieles. Junto á ella se estaba inmóvil, y apenas se hallaba sola sin el concurso del pueblo, acercábase más y deshacíase dándole besos muy tiernos. Cuando la necesidad de volver á casa la obligaba á retirarse del templo, clavaba en ella los ojos, sin poderlos apartar un momento para mirar otra cosa. Y tanto asiento había hecho en su alma el culto y la reverencia de la sacrosanta cruz, que en donde quiera que la viese formada, aunque lo estuviese por casualidad, nunca pasaba de largo sin hacer la reverencia con atención y cuidado, aunque no hiciese demostración exterior.

Quando su hermano la acompañaba á la iglesia, llevaba muy á mal pararse en el camino cuantas veces Rosa se inclinaba á levantar las pajas que veía por el suelo. Reparó una vez que hacía estas inclinaciones para deshacer las cruces puestas en aquella forma por el aire ó el descuido; no pudiendo sufrir Rosa ver que pisasen las cruces los que pasaban sin hacer caso de ello. Con esto Fernando (que este era el nombre de su hermano) impaciente y enfadado de tan largas detenciones, como haciendo risa y mofa de la piedad supérflua de su hermana, dijo: «¿Piensas que es decente y justo que una doncella se descubra tantas veces en público para separar las pajas que á cada paso se atraviesan en el suelo, tomando á pechos empeño tan necio y tan trabajoso? Y si por este camino piensas que has de honrar la cruz, has tomado una empresa de gran hechura, ó por mejor decir muy ridícula. ¿Qué premio esperas granjear de los que te miran, sino irrisiones y escarnios?» A esto replicó la Virgen con gravedad y mesura: «¡Ay hermano mío! si supieses cuán grande

es el sentimiento que me cuesta ver que pisen y que traigan sin aprecio debajo de los pies cualquier figura por basta y ruda que sea de la cruz de mi Señor, en que nos redimió con el precio de su vida el inocente Cordero, no te espantaras de nada. Bien conozco que los hombres pisan sin escrúpulo ni culpa, aunque haya en el suelo cruces, ni yo me atrevo á condenar ni reprender su poco reparo; pero tampoco hay razón para que sea censurada la sencillez piadosa de mi devoción. Finalmente, escarnezcan, rianse, piensen de mí todos como gustaren, que yo en cuanto pudiere no dejaré este cuidado, procurando que la cruz de mi Señor no ande debajo de los pies, aunque esté formada con la más vil y más desdichada paja.» Añadía á esto y es digno de admiración: «Que aunque estas acciones parecían á otros pueriles, con todo eso le movían á ellas impulsos tan altos y tan divinos, que no hallaba razón ni modo para poder resistirse.»

Había plantado en su huerto tres pies de romero, que logró del cielo crecieran en forma de cruz, haciendo al pie de los mismos un diseño del monte Calvario, con los terrones que rodeaban las matas. Era de gran consuelo para la virgen ver que entre las flores y plantas se le viniese á los ojos continuamente la cruz de su Redentor. Mucho agradó á todos los que las vieron la forma de aquellas plantas, que parecía cultivaba por su misma mano el Señor y de las que cuidaba con mucho esmero la virgen. Interponiendo su autoridad el Padre Maestro Fr. Alonso Velázquez, confesor de Rosa, de tres plantas de romero solo quedó una en el huerto; porque él pidió para sí una mata y consiguió la otra como presente muy grato la señora Virreina, que procuró cultivarla en su jardín con singular diligencia; aunque en vano fué el cuidado, pues á los pocos días se marchitó del todo la planta cruzada, conociéndose manifestamente la falta de Rosa, que era la hortelana propia de la cruz y del Calvario. Refirió el confesor á la virgen el disgusto que había ocasionado el caso á

la Virreina, y sonriéndose Rosa, advirtió á su padre de espíritu que tuviese entendido: «Que semejantes cruces, ni pueden prevalecer, ni conservar sus verdores entre las profanas pompas del palacio, ni entre los continuos tráfgos y comercios del mundo. Con todo eso le encargó que no arrojasen la planta, porque restituyéndose la podría ser que ella la resucitase. Recobrada, pues, la marchita mata, apenas estuvo cuatro días en poder de Rosa, cuando con nuevos verdores se restituyó á mayor lozanía que antes tenía. Revivieron sus ramas; pobláronse con renuevos, con pimpollos y hojas; volvió á vivir, echó raíces, y recibió jugo vital todo su sér; formóse otra vez la cruz que estaba deshecha y desfigurada, dejándose enderezar y guiar obedientes las ramas torcidas y descompuestas. Adornó Rosa la renovada cruz con particular aseo, rodeándola de muchos ángeles. Puso una pequeña imagen de la Magdalena postrada al pie de la cruz, y así ataviada y adornada y vestida de verdores la volvió á remitir el confesor á la Virreina, que no acababa de admirarse viendo que su romero, antes marchito y seco, tan brevemente en manos de Rosa había vuelto á su ser y estaba tan vistoso y tan fresco. Mas la virgen atribuía todo esto á la virtud y gloria de la cruz, acordándose que también Santa Catalina de Sena, para excusar vanidades, solía usar de esta traza en las maravillas que obraba.

Hagamos una pequeña digresión pasando á hablar de la imagen de Santa Catalina de Sena, cuyas insignias son también la cruz y los caracteres de cinco llagas; supuesto que tanto trato y familiaridad tuvo con nuestra virgen esta santa, á la que reconoció y respetó siempre como á su maestra predilecta. Florece en Lima, casi desde que la fundó Pizarro, una célebre cofradía, con la invocación de Santa Catalina de Sena. Suele esta congregación devota hacer tres procesiones al año con la imagen de bulto de su Patrona tutelar, colocada en hermosas andas, adornándola curiosamente con guirnaldas, con flores y rica pedrería. Para bus-

car las galas, disponerlas y ajustarlas, no se halló mientras vivió Rosa, quien con más cuidado y felicidad lo ejecutase; porque ni había otra tan curiosa, ni tan digna de ser camarera de la santa; por no haber otra, ni tan semejante al prototipo, ni tan su devota y aficionada. De aquí el que por consentimiento de todos los que formaban parte de aquella cofradía se le encargara el oficio de tan piadoso y religioso empleo. Ella diligente y alegre recogía para este fin muchas joyas, velos de mucho coste, cadenas de oro y cuanto más precioso había en Lima, sin perderse jamás nada, ni dejar de volverlo con puntualidad á sus dueños. Asistía, pues, Rosa con gran diligencia á su oficio y escogía compañeras diligentes y de toda confianza con quien partir el mérito y el trabajo. Pero mientras duraba el dar vueltas junto á la estimada imagen para vestirla, componer decentemente los pliegues, tocarla y prenderla, no podía detener la virgen las lágrimas ni contenerse sin darla dulcísimos besos y regalados abrazos; teniendo con ella dulcísimos coloquios. Hablaba á la imagen santa, venerábala, todo era suavidad y dulzura, como si allí tuviera presente á su misma maestra, que hubiese bajado del cielo para tratar con ella. Una vez entre ardientes suspiros se le cayeron de la boca, aunque en tono bajo, estas palabras: «Bien sabéis dulcísima madre mía, que si mi caudal fuera de quince ó dieciseis pesos, os vistiera yo según mi genio y dictamen, con un hábito más nuevo y más hermoso.» Apenas había pronunciado estas palabras, cuando poco después y cuando menos pensaban sus compañeras, llegó allí una negra, que era esclava de la ilustre señora Doña Gerónima de Gama, que con la cantidad del dinero dió un billete del tenor siguiente: «Dios nuestro Señor te guarde, Rosa. Conjeturando que ahora es el tiempo en que estás toda empleada en vestir y componer la imagen de Santa Catalina de Sena, te remito estos dieciseis pesos, con que al presente me hallo, para que los gastes, si fuere necesario, en adornar la seráfica imagen.

Dios te guarde.» Leyó Rosa y levantando los ojos al cielo, dijo: «Oh suavísimo Jesús mío, y qué fiel amigo sois.» Compró al punto tafetán doble, que competía con la nieve en el candor, sacó de la tienda lo necesario y vistió de nuevo la santa imagen.

Entre tanto que Rosa se ocupaba en coser, y respuntar el escapulario, envió á Luisa de Montoya á la pieza donde estaba la sagrada imagen, diciendo que trajese un ovillo de hilo de seda. Fué Luisa con diligencia y reconoció que el rostro de la santa resplandecía con rayos. Causóla temor mezclado con alegría y volvió apresurada y despavorida á dar noticia á Rosa del nuevo prodigio. No le causó admiración ni novedad el portentoso, antes respondió muy sosegada y con graves palabras: «No echas de ver con qué señas tan claras se digna de aprobar nuestra Maestra seráfica el pequeño obsequio que la estamos haciendo? Agrádala mucho que las dos nos ocupemos con tanto gusto en componer y alinear su escapulario.» En otra ocasión y en diverso tiempo, echaba de menos la virgen unos claveles con que deseaba adornar la sagrada imagen; negaba este aliño el tiempo, porque en aquel país no se viste Mayo con esta gala ni produce este género de flores. Dióse vuelta con cuidado á todo el jardín, examináronse los cuadros donde estaban plantados, por si acaso algún pequeño botón había comenzado á brotar; pero fué en vano la diligencia. Repitióse por tres veces el registro de las flores; pero sin fruto y sin que aquella tarde se descubriese esperanza alguna de hallar claveles. Con todo esto Rosa, dictándole el espíritu lo que había de suceder, decía: «Poderoso es el Señor para concedernos lo que deseamos, y más es que esta noche, á honra y gloria de la Santísima Trinidad, este ramo y esta vara de este pie (y señalaba una, que por no tener el botón cuajado, no daba señas de tener en mucho tiempo flores) nos ha de dar para mañana tres hermosos claveles.» Dicho esto despidió á sus compañeras Catalina y Francisca de Montoya, para que fuesen

á descansar á sus casas, causándoles mucha risa, no solo la vana esperanza, sino también las promesas de los tres claveles que tan de veras aseguraba. Al día siguiente, por ser el mismo en que había de salir en procesión la imagen, volvieron muy de mañana para ayudar á Rosa á acabar de adornarla. Hallaron á la virgen suspensa en oración, vieron que por señas les decía, que fuesen al jardín y la trajesen, en nombre de la Santísima Trinidad, tres claveles para mayor hermosura de la imagen. Replicó á esto Catalina, diciendo: «¿Es posible, carísima hermana, que no te acuerdes de los desvelos de ayer tarde, cuando tantas veces á tus ojos dimos muchas vueltas al jardín, sin poder hallar ni una sola muestra?» No obstante esto insistía Rosa y con más eficacia las mandaba que la trajesen los tres claveles abiertos, bellos y hermosos: «Id, les dijo, ¿qué dudáis, qué os detenéis? Aquel Señor poderoso que en otro tiempo hizo florecer la vara de Aarón, ese mismo ha tenido ahora providencia de darnos flores.» Fueron, en efecto, y hallaron que se había realizado lo que decía la virgen, y del mismo pie que el día antes había señalado, cogieron con reverencia y temor tres claveles, trajéronlos pidiéndole perdón de su desconfianza; y en hacimiento de gracias se postraron juntamente con ella en tierra, dando alabanzas á Dios, admiradas y alegres de que saliese en público la imagen de Santa Catalina con tan peregrino ornato. Y lo más admirable es, que desde aquel día jamas faltaron claveles en el jardín de Rosa en todo el año.

Otra vez para vestir también la imagen de Santa Catalina había llamado Rosa en su ayuda, con otras mujeres, á María Eufemia de Pareja, viuda. Estaba esta matrona afligida y cuidadosa por dejar en su casa muy de peligro una criada llamada Francisca, que entonces le criaba á sus pechos un niño pequeño hijo suyo, cuyo nombre era José. Y había mandado el médico el día anterior, que no le diese leche, temeroso de los accidentes maliciosos de la enfermedad del ama, que iban

por instantes creciendo. Nada de esto había bastado para que Eufemia faltase al ministerio piadoso á que Rosa la había convidado. Y así con hartas ansias había dejado muy encomendada la enferma á los de su casa. Acabada ya la función, adornada decentemente la imagen, compadecida la virgen de la fatiga y cansancio de sus compañeras, las dijo: «Id, señoras, á cobrar aliento y podéis desahogaros del cansancio dando un paseo, pues estáis cansadas.» Respondió Eufemia: «¿Cómo me dices ahora que me pasee, cuando sabes la pesadumbre que me espera en mi casa? Mejor será, pues tanto puedes con esta madre seráfica, pues fias tanto de su intercesión y favores, pedirla que alcance salud y vida para mi criada.» Vino en ello Rosa y volviendo el rostro á la imagen con la familiaridad amigable que otras veces, dijo: «¡Oh tú, gloriosa madre, acaso no adviertes la pena acerba que aflige al corazón de esta mujer tu devota? Socorre su necesidad y no dilates el consuelo de que necesita. Experimente yo en esta ocasión lo mucho que amas y aprecias las llagas de nuestro Redentor. Por ellas te pido que alcances de Dios salud para Francisca, que está tan de peligro.» Dijo: y consolando á la afligida viuda, persuadióla que tuviese buenas esperanzas y por muy cierto que Santa Catalina, á quien acababa de hacer el obsequio de vestirla en su imagen, no había de dejar de socorrer á su criada en el riesgo en que se hallaba. Eufemia con esto se fué derecha á su casa, y halló á Francisca que, libre del peligro, estaba ya mejor y convaleciente, tanto que el día siguiente, ordenándolo así el médico, pudo dar con seguridad el pecho al niño que criaba.

Ocasión hubo en que Francisca de Montoya, de quien hemos hecho ya mención, estuvo toda la noche ayudando á Rosa en el oficio de vestir la imagen de Santa Catalina. Acabada la obra apartóse á reposar un rato para asistir á la procesión que había de ser después de pocas horas. Rosa encomendóla muy de veras á la santa, entre tanto que tomaba el sueño, rogando que la li-

brase de un gran peligro que la amonazaba. No fué sin fruto la intercesión solícita, pues disparándose algunos fuegos artificiales mientras andaba la procesión, vino derechamente un cohete á herir á Francisca en uno de los ojos. Dióle un golpe en la ceja sin daño alguno, y no porque no tuviese fuerza la pólvora para abrasarla los ojos; pues saltando de aquel puesto y dando de rebote en otra mujer que estaba allí cerca, la quemó la ropa y pasó el fuego casi hasta las carnes: y así Francisca teniendo por cierto que debía este beneficio á las oraciones de la virgen, refirióla el suceso, dándole gracias por el cuidado de haberla encomendado á Santa Catalina. A lo que respondió ella: «No es mucho que nuestra seráfica Madre te atendiese con especial cuidado todo este día, después que tu has pasado en su servicio toda la noche, trabajando conmigo en el adorno de su santa imagen.»

Santa Catalina que tan generosa se mostraba con las que vestían su imagen, no se manifestó menos con Rosa, como lo declara el siguiente ejemplo, con que daremos fin á este capítulo.

A principios de Agosto del año 1616, había vestido Rosa la imagen de la Santa para que saliera en procesión el día de nuestro Padre Santo Domingo. Terminada la fiesta esperaba Rosa en casa de D. Gonzalo para desnudarla. Llevaron la imagen y la colocaron en el oratorio para recoger las joyas preciosas con que la habían adornado, y devolverlas á sus dueños. Hacía tres días que Rosa estaba sufriendo graves dolores en la mano derecha, los cuales no le permitían tocar objeto alguno, sin que éstos se renovaran. Era tal la inflamación que en la mano tenía que no le era posible manejar las tijeras, sin las cuales no podía quitar las joyas y hábito de la imagen. Examinando el médico el día de San Lorenzo la mano, y viéndola llena de materia, mandó aplicar medicamentos que la hicieran madurar y que al día siguiente la sangrasen del brazo izquierdo. D. Gonzalo, que estaba presente, no tuvo áni-

mo para presenciar tan triste espectáculo y se salió del oratorio.

Sentía sumamente Rosa que en el día en que hacía años que había tomado el hábito de Santo Domingo, no le permitiese la enfermedad tocar, con la veneración y reverencia con que acostumbraba, el hábito de su seráfica Madre Santa Catalina. Por lo que, no pudiendo contenerse, se postró delante de la imagen que estaba colocada sobre una pequeña mesa, hizo una breve oración y levantándose, con rostro alegre pidió á la mujer del contador, que también estaba allí, le diese las tijeras para desnudar á la imagen. Admirada y risueña D.^a María la preguntó qué con cuál de las dos manos había de cogerlas, pues veía que estaban tan inflamados los dedos, que no podía meterlos por los ojos de éstas. Y con toda intención le dió las más pequeñas. Cogió Rosa las tijeras y con desembarazo y presteza comenzó á desprender las joyas, deshacer las lazadas, cortar los nudos y colocar cada objeto en su debido lugar hasta desnudar por completo la imagen. La mujer del contador, llena de admiración, exclamó: «¿Qué es lo que haces, Rosa? Ten lástima de tu mano, que está imposibilitada para todo ejercicio y déjalo todo á nuestro cuidado.» La virgen no obstante continuó trabajando y sólo respondió: «Que aquel Señor que la había dado manos que pudieran vestir la santa imagen, ese mismo se las había ahora sanado para desnudarla.»

Una hora más tarde llegó el contador, y viendo que movía una y otra mano, quedó atónito y la dijo: «¿Cómo es que ya está sana la mano y puedes con ella trabajar? Descansad y veámosla.» La miró y no encontró diferencia entre una y otra mano; tan sana y ágil tenía la una como la otra. Grande fué la alegría que le causó curación tan repentina; y lleno de admiración escuchó la relación de lo sucedido que su esposa le hizo, diciéndole que después que él se había salido de casa, se postró Rosa en oración un breve rato, de la que se levantó sana y buena, y comenzó á desprender las joyas,

pidiendo unas tijeras. Para gozarse más quiso el contador le refriese Rosa cómo había sanado de su enfermedad; á lo que ella respondió: «Que en aquel breve rato en que había hecho oración delante de la imagen, había sentido se le restituía á los artojos el vigor antiguo, y se deshinchó su mano, sintiendo que subía por los dedos una respiración violenta; al modo que sale el aire de una vejiga llena de viento, cuando la aprietan, desvaneciéndose á un mismo tiempo junto con el tumor todo el dolor.» Llamado el médico al día siguiente examinó primero la mano y luego á la virgen, quien con la misma candidez que el día antecedente volvió á referir la historia, dando gracias á su seráfica maestra y atribuyéndola la merced que había recibido. Desde entonces no volvió á sentir el dolor de gota en aquella mano. Al mismo tiempo que su mano recibió la salud, su espíritu sintió gran consuelo. Según ella misma confesó, en aquel breve rato que estuvo en oración pidiendo á Santa Catalina la salud, la había bañado ésta el corazón con una copiosa lluvia de suavísimo rocío, que se extendía y recreaba todo su cuerpo. Es digno de admirar que tan raros prodigios no causasen novedad alguna en Rosa; y es que como tenía á Santa Catalina por su amantísima madre y la trataba familiarmente, eran muy continuos estos consuelos.

